

Bea

Joaquín Campo Betés

Para visitar Bea hoy es más cómodo que nunca gracias a la autovía mudéjar. Salimos en la salida de Ferrerueta de Huerva y nos dirigimos hacia el pueblo, una vez allí cogemos el desvío hacia Fonfría y ocho kilómetros más adelante, tras dejar atrás Lagueruela (del que ya hablamos en su día), llegamos a Bea.

Allí podemos descansar, comer, alojarnos, visitar la barroca iglesia parroquial, el molino harinero, o pasear, disfrutar del paisaje con la Ruta Botánica.

Sorprende desde lejos el caserío, que se asienta a los pies de la iglesia, cubriendo la pendiente, como si de un tapiz se tratase. La iglesia, en lo alto, domina la población que se articula en torno a una calle (Mayor) con edificios de dos plantas y ático, de sobria fachada, que crean caprichosos volúmenes como sucede en lo alto de la calle con el edificio del antiguo horno.

Situación, extensión y riqueza

Bea se sitúa a 1.134 m. de altura sobre el nivel del mar, recostado sobre una ladera, junto al río Huerva, en su margen derecha. Su término linda con los de Lagueruela, El Colladico, Piedrahita (estos dos últimos, hoy barrios de Loscos), Fonfría y Collados (hoy barrio de Calamocha), con una extensión de unos 23 km² aproximadamente que se reparten entre zona de cultivo, prados y masa forestal.

Dice Madoz (1850) que su terreno es arcilloso, quebrado, pero feraz y de secano, a pesar de que en su término brotan muchos manantiales de poco caudal y aguas de diferentes calidades. Los montes abundan de bosques de rebollos, estepas, carras-cas, matojos, sabinas y aliagas. En cuanto a producción, trigo morcacho, centeno, cebada, avena, poco cáñamo, patatas, legumbres y hortalizas; hay ganado lanar y caza de jabalí, liebres y perdices.

En Bea existía la autosuficiencia, todo el mundo sabía hacer de todo. Tan sólo había una herrería, hoy desaparecida, cuyo último herrero fue Román, de Cortes; y un molino que se mantuvo en funcionamiento por el “tío Donato” hasta finales de la década de los 60 del pasado siglo.

Los vecinos, por rueda, se encargaban de dar servicio en el horno, cada semana una casa.

También realizaban carboneras, fabricaban carbón en el monte y cortaban leña para luego venderla. Una buena cantera en la partida de Quiñones facilitaba piedra para cocer y convertirla en aljez, que se hacía en el barranco de la salida del pueblo dirección Fonfría y se molía posteriormente en la plaza que allí se halla.



Bea

Hubo un tiempo en que se cultivó remolacha, cuya cosecha se trasladaba a Ferreuela e iba en tren con destino a la azucarera de Épila.

Dos tiendas, se recuerda la de Francisco y Cándida, o la de Florentín y Victoriana, que añadieron a la taberna que atendían, una de las dos que también había en el pueblo.

Hoy el multiservicio Rural “El Rebollar” realiza este servicio con alojamiento y restauración. Bea recibe pan tres días a la semana en invierno desde Burbáguena, y todos los días en el mes de agosto. Los vendedores ambulantes se encargan de suministrar fruta, carne o ropa. Aunque lo más habitual es desplazarse a Calamocha o Daroca.

El horno fue convertido en local social, allí tiene su sede la Asociación Cultural Ateño del Horno, que parece quiere retomar su actividad, unos años abandonada, para recuperar la memoria y las tradiciones del pueblo, o dar a conocer la riqueza natural del lugar desde la Ruta botánica, recientemente señalizada.

Toponimia y Medio natural

Parte del término de Bea ha sido declarado como Lugar de Importancia Comunitaria de la sierra de Fonfría, dentro de la red Natura 2000, establecida por la Unión Europea para la protección de espacios naturales por paisajes tradicionales. Junto a los marojos (especie propia de lugares frescos) aparecen prados alpinos con abundantes especies de orquídeas y matorrales de sabinas, que se completan con las repoblaciones de distintas especies de pino, facilitando la aparición de diferentes especies micológicas, siendo las más habituales el rebollón, la seta de cardo o los innumerables hongos.

Como árboles singulares, podemos destacar el conocido como “La sabina de Bea”, de más de 12 metros de altura, consta de tres troncos que parten de una base común que superan el metro y medio de perímetro. Sin olvidarnos de “la abuela de Bea” una carrasca centenaria de más de 10 metros de altura que aparece junto al camino en la Ruta Botánica.

Entre las partidas del término encontramos la de El Medianero, las Rayas, el Portillo, la Peña, las Peñuelas, los Vales, cerro del Ortigal, Hoya Espesa, el Marojal, Hoya Grande, la Cuervera, las Matillas, Valdespino, el Estepar, las Dehesas o los Huertos. En la partida de los Guijares se dice que existió antiguamente un pueblo del que se ignora el nombre y las causas de su desaparición.

Antes hemos hecho referencia a la abundancia de fuentes en el término, de aguas de diferentes calidades, aunque parece que muy buenas son las de la masía llamada de la Hombría. Otros topónimos hídricos son los Valles, Ardayel, la Ginebrosa, fuente la Dehesa, fuente Gabriel o la Gusepa. A la fuente de Baranda se acudía en invierno a lavar porque parece que el agua era algo más caliente. El azud, de donde se recogía el agua que iba a la balsa del molino y para regar los huertos. El cangrejero, una balsa creada a orillas del río con intención de consolidar la población de cangrejos. El río Huerva, cuyas orillas se caracterizan por su vegetación de árboles de ribera, que incluyen sauces y una buena comunidad de chopos cabeceros, prácticamente abandonados, víctimas de una explotación hoy en desuso.

Entre la fauna, destacaremos el jabalí o el zorro, conejos, liebres y algún gato montés, el buitre, el águila perdicera, la codorniz, la perdiz, el zorzal o la paloma torcaz en periodos migratorios.

Algunos datos para su historia

Con toda seguridad, Bea se funda justo después de la batalla de Cutanda, con la intención de asegurar el territorio conquistado. Es muy probable que el primer emplazamiento estuviese situado en lo que es hoy la iglesia y alrededores, con gran visibilidad a lo largo del valle del Huerva.

Aparece mencionada por primera vez en 1205, cuando Raimundo de Castrocol estableció el pago de diezmos y primicias a las iglesias de Daroca, correspondiéndole a Bea la de Santo Domingo. Entre el término de Bea y el de Fonfría hubo otro asentamiento, Losilla, actual ermita de la Virgen de La Silla, desaparecido a lo largo del siglo XIV y cuyo término se repartieron ambos pueblos.

Formó parte de la Comunidad de Aldeas de Daroca, como aldea de la Sesma de Barrachina hasta 1711, en que pasa al Corregimiento de Daroca.

En el libro de la manifestación del moravedí de las aldeas de Daroca de 1373 se registran XX vecinos claros y V dudosos, que deben pagar el impuesto por poseer más de LXX sólidos jaqueses.

En el Trienio Liberal, en la primera aplicación de la Constitución de Cádiz, queda incluida dentro de la provincia de Calatayud (1822-1823).

Con la creación de la actual división de provincias, en 1834, Bea se convirtió en Ayuntamiento de la provincia de Teruel. Desde 2003 forma parte de la comarca del Jiloca.



Desde su constitución como ayuntamiento en 1835, posee Juez de Paz, incluido en el Juzgado de la Agrupación 21 con sede en Fuentes Claras.

Evolución de la población: 1857 (162 habitantes); desde 1900 hasta 1950 mantuvo su población en una media de 170-180 habitantes. El decrecimiento de la población causado en buena parte por la migración a las grandes ciudades en busca de nuevas formas de vida le llegó también a esta población, en 1960 contaba con 126 habitantes, mientras que en 1970, sus habitantes habían quedado reducidos a 50. Aunque el peor momento lo sufrió en 1981, cuando contaba con sólo 19 habitantes. Hoy en día, el censo poblacional la sitúa en 32 habitantes.

Monumentos

La iglesia de San Bartolomé es un edificio barroco del siglo XVIII, de planta de cruz latina, cubierta por bóveda de medio cañón con lunetos y cúpula sobre pechinas en el crucero, con capillas laterales a modo de naves cubiertas con bóveda de arista. Esta estructura no es visible al exterior que presenta un macizo volumen de mampostería, con sillares en las esquinas, cornisa corrida de ladrillo y cubierta a cuatro aguas.

A los pies, en el lado de la epístola se encuentra la torre, de cuatro cuerpos, el inferior de piedra se confunde con la volumetría del edificio, y los tres superiores son octogonales, de ladrillo formando decoraciones al estilo mudéjar, de los que el central, de mayor dimensión que los otros, alberga las campanas de la iglesia en huecos de medio punto sobre pilastras. Añadido a la iglesia se encuentra un pórtico que protege la entrada.



La obra duró diecisiete años, siendo maestro albañil Carlos Polo, de Ferreruela y el carpintero Manuel Gonzalvo, de Segura. Costó 600 escudos, y fue bendecida ya finalizada el 13 de junio de 1763.

En el interior conserva un interesante conjunto de retablos barrocos bien documentados, procedentes en su mayoría de una anterior edificación, de los que podemos destacar el mayor, de San Bartolomé, obra iniciada por Juan Pellijero, hijo del lugar y habitante en Moyuela y que terminó Nicolás Echaberz, de Zaragoza, por fallecimiento del anterior. En 1692 se concertó el dorado de la obra con Julepe Pérez, habitante en Daroca. Del retablo de la Virgen del Rosario sabemos que la talla de la Virgen que se encuentra en la urna fue donación de una hija del pueblo, Theresa Monterde, y su marido Joseph Monterde, y que fue traída de Daroca en septiembre de



1762. Del altar del Santo Cristo, la caja del retablo la realizó Juan Pellijero, y fue dorada por Mateo Pérez, de Muniesa en 1672. El lienzo de la Virgen del Pilar es donación de una hija del lugar, Gracia Gimeno y su marido, Claudio Andrés Blasco, y en él aparece representada la hija de ambos. Es de 1691 y el retablo lo realizó Antonio Bachiller, escultor, cuando estaba trabajando en Ferrerueta, en 1763. También de Antonio Bachiller, de Bello, es el retablo que cobija el lienzo de Santa Ana. A los pies del edificio, en alto, se localiza el coro.

En cuanto a las campanas podemos decir que la pequeña, dedicada a Santa Ana, aún conserva la melena original, fue refundida en 1696 por Francisco del Oyo, maestro campanero de la ciudad de Teruel, realizándose la fábrica en Anento. La mayor ha sufrido más refundiciones, conocemos una en 1702, realizada por Jerónimo Muñoz,

maestro campanero habitante en Daroca. A juzgar por la inscripción en la propia campana, debió de sufrir otra refundición en 1856 (SANTA BARBARA ORA PRO NOBIS AÑO DE 1856). Y hace unos años se le fabricó una nueva melena en hierro y cemento.

Como curiosidad, en el cementerio, adosado a la pared de la iglesia se encuentran depositadas unas estelas funerarias discoideas medievales.

La ermita de San Jorge es una pequeña edificación en mampostería con cubierta a dos aguas, situada al sur de la población, sobre un pequeño cerro, atravesando el cauce del Huerva.

En arquitectura civil hay que destacar el edificio del antiguo ayuntamiento, de dos pisos en mampostería, cubierto por techumbre a dos aguas. En la planta inferior, la lonja, de carácter muy popular, compuesta por dos vanos adintelados con jabalcones de madera a modo de ménsulas. Un pequeño cuarto en esta planta hizo antiguamente papel de cárcel. Lo empinado de la orografía del terreno hace que la planta superior pueda tener acceso a pie de calle por la parte trasera del edificio. El alero es de madera.

El Molino es todo un referente en la población. Se encuentra a unos 300 metros de Bea, dirección Fonfría.

Gracias al tesón de su actual morador, D. Alfredo Gil, su interior mantiene toda la maquinaria y elementos necesarios para su correcto funcionamiento. Como si espere volver a moler en cualquier momento.

Peirones

A medio camino entre construcción civil y religiosa se encuentran los peirones, estos pilares que aparecen en los cruces de caminos o a la entrada de las poblaciones que a menudo están dedicados a un santo o virgen.

En Bea localizamos dos: el primero, de San Antonio, cercano a la población, a la salida hacia Lagueruela. Se compone de un robusto prisma de piedra, que remata en un edículo en piedra también, de inferior tamaño, que alberga la imagen del santo. Como remate, una cruz. Recientemente ha sido desplazado de su originario emplazamiento, y en la parte anterior se ha colocado una inscripción en cerámica que dice: “Bea siempre agradecida al glorioso San Antón, le pide su protección para el resto de sus días”.



El segundo, el peirón de la Virgen, se realizó con los restos constructivos de un antiguo peirón cuya advocación se ha perdido con el paso del tiempo. Se modificó también la ubicación, acercándolo a la actual carretera, dirección Fonfría. En los años 80 fue modificada la capilla realizando una en piedra que se abre a las cuatro caras mediante arcos de medio punto; en el interior se colocó una imagen de la Virgen.

El año festivo

En enero, Bea celebraba a San Antón, con hogueras en los dos barrios, misa y bendición de los animales, pasándolos por el peirón. Se solía acabar con una comida en común alrededor del fuego.

En febrero, santa Águeda era celebrada por las mujeres con misa y chocolatada. Durante los carnavales, la gente se disfrazaba con ropas viejas y se enmascaraba a fin de no ser reconocida, y se gastaban bromas como el manteo, o tirarse harina. Se pedía por las casas, para merendar todos juntos el día de Miércoles de ceniza.



Tras la cuaresma llega Semana Santa; las mujeres acudían a los oficios vestidas de negro y la Vela del Jueves Santo mantenía abierta la iglesia día y noche. También en estas fechas el cura visitaba las casas para bendecirlas y era obsequiado generalmente con huevos.

El Sábado de Gloria se plantaba el Mayo en la plaza. Y para el Corpus se hacían altares en las calles y se cubrían las ventanas con grandes sábanas o colchas.

El 23 de abril, San Jorge, se iba en procesión a la ermita, se celebraba misa y se bendecían los campos desde lo alto del cerro, donde se domina gran parte del término.

El último domingo de mayo se celebra la romería a la ermita de la Virgen de La Silla, sita en el término de Fonfría.

El 13 de junio Bea celebraba una de sus fiestas grandes, San Antonio, tres días de fiesta, misa, procesión, baile, carrera de pollos... Cuentan Adell y García en su libro sobre el pedestrismo en Aragón que en Bea era una mujer la que “les echaba a correr” a los participantes y que recibían como premios tres, dos y un pollo respectivamente para el primero, segundo y tercer clasificado.

Bea

Para San Juan, de madrugada, antes de salir el sol, se bajaban a lavarse al río. También en ese día se recogían diversas plantas y hojas, como el sauco, para utilizarlas como remedios curativos durante todo el año.

24 de agosto, San Bartolomé, la fiesta de los hombres. No sabemos si exactamente coincidiendo con esta fiesta, pero sí en verano, los hombres iban a pescar a los pozos. Todos los años vaciaban uno al menos, desviaban el agua del cauce del Huerva y a “escolar” el pozo correspondiente. Con los barbos conseguidos, se hacían una merienda.

A primeros de septiembre se acudía de nuevo a la Virgen de La Silla: “el Sitio”.

En octubre, otra fiesta grande, la Virgen del Rosario, el primer domingo.

Noviembre, Todos los Santos, visita obligada al cementerio y recuerdo de los propios difuntos.

Diciembre, Santa Lucía era celebrada con hogueras. Y para Navidad, momento de encuentro de todos los de la familia, aunque estuviesen sirviendo en otros pueblos; cena familiar, Misa del Gallo.

El primero de enero, los chavales a pedir el cabo d’año y el día de reyes a acudir a casa de los familiares donde eran obsequiados con nueces, caramelos o similares.

Para las fiestas acudían habitualmente los gaiteros de Lanzuela o de Burbáguena, aunque para rondar o cualquier otro día corriente que se terciaba hacer baile, “Viturían”, el dueño del molino, tocaba la guitarra.

Gastronomía

Como ocurre en las pequeñas comunidades alejadas de las principales arterias de comunicación, el campo, el huerto, el corral y la caza eran los principales proveedores de los alimentos que se consumían en el lugar: del campo, los cereales: trigo, centeno..., que se molían en el molino para conseguir harina con la que hacer el pan, y en ocasiones, ricos dulces (parte del cereal también se utilizaba en la alimentación de los animales de corral); del huerto, todo tipo de hortaliza y alguna fruta; del corral, pollos, gallinas, conejos o cerdos..., también huevos (muchas veces, moneda de cambio); y de la caza, jabalí, liebre, perdiz, codorniz...

El escabechado de las carnes, sobre todo las de caza, permitía alargar su conservación para el consumo; y del cerdo, la conserva, los adobos, los embutidos y los jamo-

nes aseguraban la despensa prácticamente durante todo el año. También el pan duro tenía su transformación en las conocidas migas y la harina se escaldaba en agua hirviendo para convertirla en farinetas, habitual almuerzo sobre todo de días de mucho frío.

Queda para el recuerdo los cangrejos, tan abundantes antaño y ahora inexistentes. Al pueblo llegaban a acudir forasteros que se hospedaban en Bea sólo con la intención de ir a coger cangrejos. Como vemos, el turismo no es un invento de nuestros días.

Para finalizar

Los nacidos en Bea son beanos, aunque tengan como apodo “beatos”. También de Bea son los “patatos”, los “caracoles”, los “Marcelos”, los “coscutos”, los “pineros”, los “pericos”, los “molineros”... y muchos más que nos dejamos, porque los apodos, los “motes”, han servido durante muchos años para identificar a las familias, antes que por el apellido.

Cuando preguntas en Bea por alguien que destacase como gran persona, o tuviese algún don especial para curar enfermedades, aparecen los nombres de la tía Isidora, siempre muy dispuesta para todo lo de la iglesia, las novenas, el Rosario, para Cuaresma... De Joaquín Martín se habla de su habilidad para curar las verrugas, incluso nos confiaron el remedio, que no vamos a desvelar. De María Beltrán dicen tenía muy buena mano para curar a los “estorbaos” de sus torceduras y similares.

Si les preguntas de lugares con leyendas aparece el Plano del Bartolo, donde dicen que aparecen restos de huesos de personas (los arqueólogos han confirmado la existencia en el lugar de una necrópolis de cronología indeterminada); y hablan que en las Masadas una vez se hundió un tractor en un hueco que parecía una tinaja. Nadie recuerda noticias del convento de religiosos que según Madoz, dice estuvo en el lugar denominado Mendrolera.

Nuestro agradecimiento a todas las personas que nos han aportado datos sobre el pueblo, que han compartido con nosotros esos momentos de recuerdo, a Victoria Martín, por su prodigiosa memoria, a Luis Planas, a la Asociación Ateneo del Horno, a Joaquín, a Mari Mar, a Nuria y a todos aquellos que de una manera indirecta han colaborado con nosotros muchas veces sin saberlo.